

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

**D. Miguel Sawa.****15 CÉNTIMOS NÚMERO**  
**Idem atrasado, 30.**

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

**25 Números, 2,50 pesetas.****FÁBULA POLÍTICA**

AL GENERAL CRISTIANO

Una oveja de ingenio muy sutil  
no podía explicarse por que ley  
vivía con las otras de su grey  
metida y apretada en un redil.

Pensando que el león, con ser león,  
nunca ha tenido leyes que acatar  
y que, en viendo sus uñas le han de dar  
donde quiera que vaya la razón,

dijo: «Puesto que sólo siendo así  
puede un mortal vivir á su placer,  
lo mismo que el león quiero yo ser;  
no se han hecho rediles para mí.»

Con la piel de un león, que un cazador  
dejó olvidada, se arregló un disfraz,  
y en ella oculta, se creyó capaz  
de infundir el espanto y el terror.

Con esta idea por los bosques fué  
orgullosa y alegre al verse así  
y cobrar el barato pensó allí;  
pero quiso rugir, y dijo: «Beeé!»

**ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR  
**EDUARDO SOJO**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

**EUGENIO LUSARRETA**

Le conocí en Pamplona hace algún tiempo y era un muchacho alegre, franco, guapo, expansivo; el alma de aquella trínca de amigos pamploneses que bullían en todas partes.

No tenía nada suyo: cuando se hallaba en fondos convidaba á todo el mundo, triunfaba, derrochaba, y cuando no, esperaba mejores tiempos sin perder nunca su buen humor.

Todos sus paisanos le querían porque, ante todo y por cima de todo, era navarro.

Adoraba á su país, y en aquellos días en que Pamplona despierta de su letargo de un año para entregarse «en San Fermín» á un turbión de fiestas sin rival, Lusarreta era el primero en todas partes: iba del Casino á la Plaza, de ésta al Concierto, del Teatro á la calle de Estafeta, mostrándose orgulloso de su ciudad y de sus paisanos, y diciendo, con su alegría y su satisfacción, á los forasteros:

—Estas son fiestas y esto es país y esto es rumbo. ¿Dónde habéis visto nada semejante?

Y así pasó mucho tiempo sin comprender que pudiera vivirse fuera de Pamplona, ni que lejos de aquellas murallas, y aquella catedral y aquella Tacomera hubiera aire, y sol, y luz y colores.

Un día, por asuntos de familia, tuvo que dejar su patria y su pueblo; se despidió llorando de sus amigos, cruzó el mar y fué á la Habana, donde los suyos necesitaban de su talento y sus cuidados.

Allí se casó y allí fué un juez modelo, porque en su conciencia de navarro no entraba la prevaricación ni la falsía, y porque antes que la letra inflexible, absurda y brutal del Código, estaban para él la razón, el sentimiento y la humanidad.

Y en sus horas de nostalgia, cuando, sentado delante de su mesa, veía aquel mundo de amargas olas que le separaba de su país, se fijaba en la enseña de la patria flotando al viento sobre el castillo del Morro y le parecía estar en su pueblo; aquella bandera era la misma, eran sus mismos colores, era la que él vió desde su niñez en las grandes alegrías, la que sintetizaba una hermosísima historia y una incomparable leyenda. Detrás de aquellos pliegues que acariciaba el viento, le parecía oír la voz de su madre, de su hermana, de sus amigos y el clamoreo de sus paisanos que vitoreaban á Sarasate y aplaudían la bravura de los toros de la tierra.

No estaba solo, Navarra se hallaba allí, detrás de aquella tela de color de oro y de sangre.

Pero llegó un día en que una turba de odiosos mercaderes echaron sobre la isla el peso de sus acorazados, de sus cañones y de sus dollars, y pisoteando todo derecho, toda razón, toda justicia y todo sentimiento, á ciencia y paciencia de las llamadas naciones cultas, nos despojaron de nuestro territorio y cambiaron la gloriosa enseña española por la que simbolizaba á un pueblo de mercachifles.

Lusarreta estaba allí, y al ver que desaparecía la que era para él su patria, su hogar, sus amigos, sus afecciones, el alma de su vida, se creyó solo en el mundo, pensó que con la bandera que se hundía había muerto su país y con él Navarra, la raza de los hombres indepen-

dientes que preferían la muerte al deshonor; porque era imposible (debió decirse) que á existir españoles todavía, hubieran consentido en perder así lo que era nuestro, lo que habíamos regado con nuestra sangre y abonado con huesos de compatriotas, lo que formaba nuestro orgullo como descubridores y nuestra leyenda como soldados.

Y al mirar flotando en los aires la bandera americana, le pareció que sus ondulaciones le abofeteaban el rostro y detrás de aquel trapo con estrellas oía un coro infinito de carcajadas que se burlaban de su impotencia.

Entonces, rojo de indignación y de ira aplicó su revólver á su cabeza y se deshizo el cráneo.

Y al caer Lusarreta, quedaron sus abiertos ojos mirando al cielo en señal de reproche y sus puños crispados maldiciendo á los que por cobardía, ó por indiferencia ó por ruines pasiones habían consentido tal ultraje.

¿Y aún hay quien llama romántico á Lusarreta! Pues si el romanticismo es eso, morir por no verse humillado, tener vergüenza y amor á la patria, bendito sea el romanticismo.

Y si lo positivo, lo práctico, es aguantar impasibles las afrentas y los despojos llevando una espada en el cinto y un corazón en el pecho, maldito un millón de veces tan asqueroso positivismo.

PASCUAL MILLÁN.

**LOS RESPONSABLES**

Ya van reponiéndose los monárquicos de la estupefacción dolorosa que en ellos han causado los desastres de este país.

Y al salir de este asombro, lo primero que procuran es descargar de toda culpa á lo existente.

Para ellos todos somos responsables de lo ocurrido. El pueblo que por ser pobre ha tenido que dar sus hijos para que los devorase la guerra; las clases acomodadas que han dado su dinero y tendrán que dar mucho más; el ejército que ha hecho esfuerzos desesperados, la marina que ha marchado al suicidio: todos culpables menos el régimen actual: aquí los únicos libres de culpa son los gobernantes.

Caiga la responsabilidad sobre los que han obedecido, sacrificándose sin preguntar siquiera dónde les llevaban: esos son los culpables. Los que todo lo han dirigido; los gobernantes y la voluntad que los ensalza, son inocentes, y su conciencia está pura como el armiño.

\*\*

¿Qué vida nueva puede hacerse dentro de lo existente? La vida nueva requiere cuerpos jóvenes y todo lo existente ha fracasado, personas é ideas.

Los partidos de tanda, el que nos gobierna y el heredero, liberales y conservadores, se han mostrado tales como son. Política de pandillaje, sin ideales y sin valor. Ni un solo instante han tenido al otro lado de los mares la energía del patriota. Solo tienen dentro de la Península la crueldad del esbirro para amordazar y perseguir á sus compatriotas.

Y aparte de esto, ¡qué espantosa inmundicia se ha puesto al descubierto! Todos los robos de veinticinco años se han mostrado de un solo golpe. La guerra,

poniendo en conmoción las fuerzas nacionales, ha dejado á la luz del sol el pillaje que se realizaba sordamente en la obscuridad.

Hemos arrojado durante veinticinco años de restauración una gran parte de la fortuna nacional para tener marina de guerra, y cuando la hemos necesitado, sólo hemos visto pontones muy pintados, muy brillantes, con la bandera española en los topes; pero buenos únicamente para servir de blancos inofensivos al enemigo, el cual se ha divertido incendiándolos.

Los españoles que perecieron en el mar de seguro que en las ansias de la agonía pensaban más que en el enemigo americano, en los compatriotas de sucia conciencia y manos largas que dieron á la nación esperpentos pagados como joyas.

Extrañanse los monárquicos de que la mayoría de los españoles, republicanos, carlistas ó indiferentes hagamos responsables á lo existente de todo lo ocurrido. ¿A quién si no?

¿Se opuso alguien á los planes y decisiones de los gobernantes de la regencia?

Pidiéronse hombres y más hombres y nadie se opuso á ello, aun los que tenían desde el primer momento completa certeza de que por las armas íbamos al fracaso.

Se cometieron toda clase de bajezas y de errores y nadie protestó ni se opuso.

Si en plena guerra una parte de la nación, indignada por las torpezas de los gobernantes hubiese protestado, habrían dicho los monárquicos que por nuestros actos éramos responsables del fracaso.

Hemos callado por patriotismo, y apesar de esto también somos responsables

Vida nueva: hombres nuevos y que continúe lo existente: esto es lo que desean los amigos del régimen actual.

Están frescos.

¡Hombres nuevos!... Ya los encontró Sagasta, y en clase de tales hizo ministro de Marina á Auñón y de Estado á Almodóvar del Río.

Los dos eran el elemento joven dinástico, la savia fresca monárquica que venía á refrescar el alcornoque gubernamental.

Y el uno ha resultado un Bismark del Veloz-Club; el otro un Nelson indiscutible en el estanque del Retiro.

**DESPUÉS DE LA DERROTA**

Un gran pueblo que cae como ha caído  
la pobre patria nuestra,  
es un pueblo vencido  
para siempre en la bárbara palestra.

Pueblo que cae así no se levanta  
jamás de sus escombros,  
porque tiene la planta  
de hierro de un titán sobre los hombros.

Aún las olas del golfo americano  
de sangre están teñidas,  
y horrible el tiburón aún muestra ufano,  
rojas también sus fauces encendidas.

De la mánigua en la extensión inmensa,  
aún se oyen los quejidos  
que lanzaron soldados sin defensa  
por la infame traición cayendo heridos.



# DON QUIJOTE



De potencia á potencia.

Casiano-Práxedes.



¡Todo está igual parece que fué ayer!



El suicidio de Colón.



¡El primer número de El Tío Jindama!



Un atraco.



¡Que los entierren juntos!



¡Liberales, á defenderse!



Y hogares yertos, tristes, á millares,  
al dolor inmortal rinden tributo.  
¡Pobres, pobres hogares,  
do sólo reinan lágrimas y luto!

Apuramos derrota tras derrota,  
y afrenta tras afrenta,  
sin que surgiese la vibrante nota,  
que es el dó sostenido en la tormenta.

Sumidos en letárgico desmayo  
nuestra vergüenza vimos.  
Si sobre nuestra frente cayó el rayo,  
es porque el rayo, estultos, merecimos.

Y hoy, después del horror sin precedente,  
después de aquel desastre sin consuelo,  
seguimos, con el ánimo indolente,  
viendo estúpidamente  
cómo pasan las nubes por el cielo.

## EL DESARME GENERAL

—Créame, no las tengo todas conmigo, lo cual quiere decir que temo una tremolina universal desde el momento en que se habla de desarme. Acuérdomelo de las beatíficas palabras de Mac-Kinley, cuando empezó el sangriento año pasado con las palabras de «Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres en la tierra». Bienaventurados los pacíficos, bienaventurados sean; pero cuando para hablar de paz se juntan los reyes—confesados nos coja Dios. Reunión de rabadanes, oveja muerta.

Tales anuncios de ventura, son como las promesas de ingenio hechas por Silvela, ninguna se cumple; antes, cuando más esperamos agudezas finas y pensamientos de provecho, es cuando su excelencia nos dice mayor número de más insulsas tonterías.

La paz, la paz ofrecen,  
de este maldito mundo los tiranos,  
y entonces me parecen  
más falsos é inhumanos...

¡Paz! mi señor D. Quijote. Acuérdesse vuesa merced de lo que nos decían al afirmar que no bien el general Weyler tornase á España y cesara la ruda y vigorosa guerra que hacía á los ñáñigos... Cuba quedaría apaciguada, soportando la cataplasma emoliente que D. Segis confeccionó en aquello de la autonomía... ¿Qué se nos vino encima entonces sino mayores guerras y mayores males?

Así que estoy tiritando al oír que va á celebrarse la llamada conferencia para el desarme universal... Allí no necesitamos ni los españoles, ¿para qué?

Desármese, mi señor D. Quijote, los tiempos son de paz. ¡Edad pastoril, con ósculo de paz se saludarán todas las mañanitas por la Alsacia y la Lorena alemanes y franceses, y éstos por el Piemonte con los italianos y los italianos con los austriacos, y los rusos con los ingleses en el Oriente, griegos y turcos, suecos y noruegos, ingleses é irlandeses!

Qué tiempos de bellotas... ¡Edad de oro, edad felicísima la que llega y nos coje desorejados!

Esto ocurrirá en el viejo mundo... que en el nuevo y ya tan podrido y desbarajustado buenos serán y no menos lisonjeros los efectos. Chile y la Argentina confraternizando, y Paraguay y Uruguay de acuerdo con el Brasil... ¿Pues y nuestros nobilísimos amigos... los hermanos del animalillo de la peana de San Antón? ¡Qué amor habrán de mostrarnos tan entrañable y dulce!...

Por Dios que repugnan  
las tales simplezas.  
¿La paz en el mundo?  
¿Sin duda se piensan  
los que esto nos dicen  
que somos babiecas?  
¿Paz entre los pueblos?  
Bambolla y quimera...

No puede haber paz en tanto que haya hombres, que somos malos y lo seremos mientras nuestra especie subsista.

No esperemos, pues, la paz, ni creamos en esa lagartizada internacional.

Pero si paz no la habrá exteriormente... la hay aún en España... la paz de los cementerios.

Como una laguna está la nación, el fondo de cieno y cenagosas y muertas las aguas.

Sombria apariencia...  
sosiego de muerte...  
señal de pereza...

Decía el viejo romancero de las castañuelas, rival de Perico el ciego, de la ciega del Manzanares y del ciego de Buena-vista.

La paz en España  
seguro se muestra...  
entre los notables  
por su sin vergüenza.  
Ellos se aborrecen,  
ellos se motejan...  
se odian y persiguen,  
y con saña fiera  
á no ser cobardes  
la muerte se dieran...

Pero no, no viven... se arrebujan formando montón, se revuelven como parásitos voraces... y todos tienen fieros aborrecimientos entre sí, pero sacian su furor en la víctima, que es el pobre país. Bien puede afirmarse que éste se halla aletargado y que la bandada de vampiros murciélagos que le cercan baten sus alas para anestesiar con su frescura el punto en que clavan su trompa, y por el cual, con unción incesante, suave y activísima, beben á la nación la sangre de las venas.

Cuenten que si á nosotros nos llamaran para ser cómplices de esa mogiganga europea, diríamos: Emperadores, reyes, presidentes, mandarines y demás gente de empuje... somos de España, y por allá, inermes hemos estado mucho tiempo, cual si creyésemos vivir en el mejor de los mundos... Sagasta y Silvela—el liquidador—con Segis, el dulce Segis—creen vivir en la arcadia. ¿No conocen vuestras excelsitudes empinadísimas á D. Segis?

El día en que él exclamaba: «Ya no levantará en Cuba su cabeza el separatismo», estalló la insurrección en Cuba, y cuando él hizo la «autonomía», estalló la guerra con los Estados Unidos.

Perdonen el paréntesis vuestras repolludísimas altezas y majestades.

No nos la pegan ya con paz ni con presupuestos de paz. España tiene en su conciencia un sentimiento, la reparación, y en su mente un ideal, la revancha.

## ¡QUÉ HONOR!

Qué orgulloso va el noble palatino!  
No es para menos la gigante empresa  
confiada á su tacto y su buen tino.  
¡Como que va á llevar á su destino  
una carta de un rey á una princesa!

¡Ahí es nada llevar en propia mano  
una carta de amor de un soberano!  
El asunto requiere diplomacia.  
Si no se hace la boda, ¡qué desgracia  
para el buen palatino y cortesano!

¡Cómo le envidia la grandeza toda!  
¡Feliz embajador! Guardando el pliego,  
en un rincón del coche se acomoda.  
¿Por qué no habrá nacido palaciego  
para ajustar, como él, una real boda?

A ser yo portador del real billete,  
honor egregio para mí remoto...  
¿Mas qué ambición extraña me acomete?  
¿Qué dice Echegaray?—¡Ah, galote!  
¿Y Miguel de Cervantes?—¡Ah, alcahuete!

## LOS PRISIONEROS DE FILIPINAS

Todavía no estamos decididos á rescatar los prisioneros de Filipinas. Queremos ahora que nos los rescaten los Estados Unidos. Por el tratado de París, se dice, contrajeron la obligación de recogerlos y entregárnoslos.

No contrajeron, en primer lugar, los Estados Unidos sino la obligación de *negociar* la devolución de los prisioneros. Si no logran siquiera que los tagalos lo acepten por mediadores, ¿cómo han de negociarla? Si lo consiguen, y los tagalos exigen para la devolución condiciones inadmisibles, ¿cómo han de procurárnosla?

¿No decimos, por otra parte, que el convenio de París no rige ni registrá mientras no esté ratificado aquí por nuestras Cortes y en los Estados Unidos por el Congreso? ¿Para las obligaciones nuestras no rige y si para las ajenas?

Hoy mismo dice Aguinaldo que entregará los prisioneros si nosotros se los pedimos, y en cambio le devolvemos los filipinos aquí en guarda. ¿Por qué no lo hacemos?

Esto equivaldría, se contesta, á reconocer como nación ó por lo menos como beligerantes á los tagalos. Y ¿qué? preguntamos nosotros. ¿No tratan y queremos que traten con ellos los yanquis á quienes cedimos las islas? ¿De cuándo acá el hecho de tratar con gente insurrecta implica que se la reconozca ni como cuerpo de nación ni como fuerza beligerante?

Es bien triste que por razones tan sin fundamento estén millares de hombres cautivos y expuestos á la más negra suerte. Es fácil que rompan tagalos y yanquis; probable que hubiesen ya roto si no tuviera Mac-Kinley el más vivo interés en que no corra allí sangre mientras la paz de París no esté ratificada.

Si rompen, ¿mejorará ó empeorará la situación de los prisioneros? Adviértase que son los prisioneros para los tagalos un gravamen y un estorbo, y mantienen viva la sed de venganza contra sus antiguos opresores. Será responsable el Gobierno de todo lo que esos infelices sufran; lo es ya de los muchos meses que llevan en poder del enemigo. ¿No lo siente el Gobierno? Muy ancha y muy aforrada ha de tener la conciencia.

## A LA VIDA PRIVADA

(PARA EL SEÑOR SAGASTA)

Renato Goblet se sentía feliz por primera vez en su vida. Acababa de retirarse de la política con gran estrépito, y el pensamiento de que ya no sería jamás ni diputado, ni senador, ni siquiera ministro, le llenaba el alma de alegría. Estaba muellamente tendido sobre una *chaise-longue*—no muy *longue*—y forjaba proyectos para el porvenir. Se proponía vivir en lo sucesivo en el campo, no leer ningún periódico y no conocer los aconteci-

mientos públicos más que por las noticias que le proporcionase su cocinera.

Se retiraba, por lo demás, con los honores de la guerra. Nubes de reporters habían ido á *entrevistarle*; los artículos más halagadores y encomiásticos habían aparecido acerca de él; escritores que le habían tratado con menosprecio, cuando andaba envuelto en las luchas políticas, no le escatimaban ahora los elogios; sus adversarios le felicitaban, sus amigos le envían protestas de fidelidad y adhesión... Es decir, que contaba con una excelente prensa, con la prensa con que suele uno contar cuando se casa... ó cuando se muere.

Goblet pensaba:

«Si siempre se me hubiera tratado de este modo, yo no hubiera abandonado nunca la política.»

Pero no, no lamentaba su determinación; ni la había tomado tampoco sino después de haber reflexionado con mucha madurez y de haber consultado á su conciencia.

Se preguntó una vez más, lealmente.

«Si me ofreciesen hoy ser presidente del Consejo, ó presidente de la República, ¿aceptaría?»

Su respuesta no se hizo esperar. No, no aceptaría.—Estaba radicalmente curado.

Entonces se levantó y arrojó al fuego todo aquello que le recordaba su vida pasada; sus billetes de libre circulación por las líneas férreas, su primera cartera de ministro, sus *programas* y profesiones de fe, las cartas innumerables de sus electores pidiéndole recomendaciones y destinos...

Y cuando acabó con todos aquellos diversos sacrificios, dió alegremente algunos pasos por su gabinete.

Al pasar frente al espejo colocado encima de la chimenea, se miró con aire de complacencia. De repente sintió estremecimientos de asombro.

¡Se había engrandecido!  
(Traducción del francés.)

## LANZADAS

¡No hay crisis!

Los Sres. Puigcerver y Correa—¡almas de Dios!—se han sacrificado una vez más en honor del Sr. Sagasta y continuarán haciendo la felicidad del país desde sus respectivos Ministerios.

Seguimos, pues, en pleno período de interinidad.

Puigcerver, Correa, Auñón, Almodóvar...

¡Continúan dándose menores!

«Papeles son papeles,

cartas son cartas...»

«Mi querido general: Las malas lenguas, nunca ociosas, han dado en decir que nuestra unión, santificada por el Vaticano, hecha efectiva desde hace ya algunos días y algunas noches, es una unión ficticia y puramente circunstancial.

¡Juro por sor Maria de Agreda y hasta por *El Imparcial* y *El Tiempo*, que yo continúo queriéndole á usted con todas las fuerzas de mi alma.

¿Y usted á mí?

Su amante que lo es

Paco.»

\*\*\*

«Mi adorado D. Francisco: No hagamos caso, yo se lo ruego, de las murmuraciones de la gente política. Yo no tengo más que una palabra y un... Manifiesto... Me he entregado á usted en cuerpo y alma. Si abusa usted de mi inocencia que Dios se lo demande. Yo soy primerizo en estas cosas de la política. Fío en su acreditada caballerosidad y creo que no hará usted conmigo ninguna mala obra. Le adoro.

Suyo devoto, devotísimo,

CAMELO.»

El elocuente diputado carlista Sr. Mella, el de los ojos garzos, se ha marchado ¡ay! á Archena á atender al restablecimiento de su salud.

¡Los malos ejemplos de D. Carlos!—que dirá el grave Barrio y Mier.

¡Sí, esos polvos traen estos lodos.

Se anuncia para muy en breve la publicación del *Libro Rojo*.

Color simbólico el del tal libro. Color de sangre.

El puntilloso duque de Veragua se ha marchado á Sevilla á *recibir*—dicho sea sin segunda—los restos de su ilustre ascendiente Cristóbal Colón.

¡Si los muertos hablaran!...

—D. Práxedes: ¿sabe usted que se han unido Silvela y Polavieja?

—Sí, ya me lo han dicho. ¿Pero quién va á hacer de novia?

*El Porvenir*, de Pinar del Río, llama á la nación española *exmadre patria*.

¡Usted sí que es bárbaro sin ex!

—Un ejemplo de bigamo.

—Silvela casado con Martínez Campos y Polavieja.

Libros:

Roberto Bueno, un aragonés gaditano—¡excelente mezcla!—de mucho talento, ha publicado, con el título de *Fuegos fatuos*, una hermosa colección de versos, que hemos leído y releído.

¡Vengan esos cinco, compare!

¡Un abrazo, mañol!

Un conde de camama.—¿Quién es Tscherniadieff? Su vida y milagros.

Curiosísimo folleto de información policial, publicado en Barcelona.

Precio: cincuenta céntimos.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca 18,